

las generaciones se identificarán con su Quijote. El último capítulo de El Callejón de Cervantes (titulado “El final: 22 de abril de 1616”) resulta bello en su prolepsis: mientras Cervantes agoniza y recibe la extremaunción, sueña que será tal su gloria que, siglos adelante, un hombre “logrará escribir el mismo exacto Don Quijote” (p. 350). Cervantes soñando a Pierre Menard, prefigurando a Borges, soñando otro sueño donde otro escritor hará literatura de la literatura. La literatura como palimpsesto y arte de la memoria: “Todos los libros son un vasto Libro, un solo Libro infinito” (Genette, 1989, p. 497).

Referencias

Bloom, H. (2002). El canon occidental. Damián Alou (trad.). Barcelona: Editorial Anagrama.

Borges, J.L. (2005). Mi entrañable señor Cervantes. Sololiteratura.com. Recuperado de <http://sololiteratura.com/bor/bormientranable.htm>

Borges, Jorge Luís (1974). Obras completas 1923-1972. Buenos Aires: Emecé Editores.

Cervantes, M. (2008). Don Quijote de la Mancha. Lima: Punto de Lectura, Santillana.

Cioran, E. (1997). Breviario de podredumbre. Madrid: Editorial Taurus.

Del Paso, F. (2004). Viaje alrededor de El Quijote. México: Fondo de Cultura Económica.

Genette, G. (1989). Palimpsestos: La literatura en segundo grado. Madrid: Taurus.

Lacarta, M. (2005). Cervantes, biografía razonada. Madrid: Sílex Ediciones.

Manrique, J. (2011). El callejón de Cervantes. Bogotá: Alfaguara.

González Rodríguez, S. (1999). Domicilio y viaje. Cinta de Moebio(6). Universidad de Chile, Recuperado de www2.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/06/gonzalez02.htm

Said, E. (2005). Reflexiones sobre el exilio, ensayos literarios y culturales. Ricardo García Pérez (trad.). Barcelona: Debate.

Vargas Llosa, M. (1998). Cartas a un joven novelista. Bogotá: Ariel.

Marques de Sade: Hacia la Transgresion

Oscar López Alvarado.

Estudiante Licenciatura en Lengua castellana,
8 Semestre, Facultad Ciencias de la Educación.

...He aquí un nombre que todo el mundo
conoce y que nadie pronuncia:
tiembla la mano al escribirlo y,
cuando se lo pronuncia,
en los oídos resuena un sonido lúgubre...

Jules Janin.



Son variados los juicios y opiniones que se han acomodado alrededor de la narrativa del Marques de Sade, una figura donde ámbitos del conocimiento se despliegan para abordar un análisis o estudio de un personaje al que, la sociedad de su tiempo llevo a condenar por su actitud netamente repulsiva hasta conducirlo al punto de la censura, cosa que dándole más valor, componía sus líneas narrativas desde el dolor que le generaba sus cadenas de recluta, hasta la satisfacción por lograr unos personajes que, articulados a su pensamiento, personificaban lo mórbido y lo sórdido que le entregaba la realidad hasta el momento.

Hablar de Sade no es solo llevarlo a la figura de un escritor, hablar de él es hablar de la transgresión; su obra, en este caso Justine o los

infortunios de la virtud, llega a entregarnos unos pequeños fragmentos filosóficos en lo que, creados bajo la atmosfera de los personajes no dejan de llevar la esencia del escritor. Sus temas, las escenas y la justificación de los mismos, determinan un campo en donde las perspectivas idealistas se ven sumidas bajo el carácter de una naturaleza terrenal en que, valiéndose solo de satisfacción y abuso dan rienda suelta a conceptos importantes como el que llega a ser el del crimen y la virtud.

Los desatinos en que se ve participe la joven



justine la colocan en frente de su alimento, cada paso lleno de fatalidad llega a mantener su pensamiento dirigido hacia la virtud, viviendo y experimentando los horrores de una humanidad regocijada en el caos, atribuye directamente su capacidad de destino al camino hacia un dios que sin intervención o lamentación la deja ausente ante seres y lugares donde solo comprenderá desazón y tormento tanto en su cuerpo como espíritu; ella, bajo la sensatez, se entrega y sigue firme ante sus ideales aun teniendo presente el carácter de objeto que le atribuyen sus verdugos y jueces que en medio

de escenas carnales desprecian su tan anhelado y respetado fruto: la virtud.

El crimen y la virtud, temas en donde Sade emprende una libertad de su pensamiento, llega a ser un elemento unido, así como el bien y el mal. Recordemos que fue Sartre el que dijo, que “al tomar el mal como objeto y al unirla a la creación poética, ésta vista desde la falta es aceptación y reconocimiento del bien” (Sartre, 1949, Pág. 52). Y por eso, al referirnos tanto al crimen como a la virtud es ahondar en campos donde comprendemos una irrupción tanto a las leyes; el crimen en esta obra no es más que actos llevados a cabo en beneficio tanto del malhechor como del libertino, vemos como delincuencia, muerte, violación, injuria, etc, son impulsado bajo los móviles de seres que satisfaciendo cualquier actividad o deseo actúan en lo que determina su pensamiento, no teniendo en cuenta consecuencias, acá no se habla de personas sino de objetos a los que supliendo una necesidad percibe un uso desmesurado en lo que llega a verse la magnitud de la morbosidad en el carácter y acto humano.

Claro está que de Sade no podemos esperar un estudio o tratado moral, como en sus diversos personajes. Al remitirlo al carácter transgresor es llevarlo a un ámbito donde la náusea se ve revelada por la realidad de su momento, el excesivo uso de las leyes, la forma de unos ideales religiosos conformados a enriquecer un dogma y la imagen de un dios, lo convierten en un fuerte contradictor de lo establecido, aun viviendo en su comodidad en la Bastilla, reniega y se revela contra un paradigma que para sus cuestiones llega a ser algo quimérico frente al horror vivenciado en un mundo donde solo se presta para la ignominia e infracción.

He ahí la composición de su obra, la fundamentación en sus personajes, por un lado, el hecho de que aunque se viva alrededor del vicio y la infracción es preferible una muerte antes que estar dentro de lo que dicta la ignominia, Justine, como símbolo de la virtud no lamenta los acontecimientos en que se encuen-

tra, los enfrenta bajo la embriaguez de no verse influida en alguna medida por los deseos de los libertinos, cargando lágrimas de esperanza se sumerge en un averno en el que trata de pensarse como un ángel divino influido en un espacio donde solo consigue desatinos pero en lo que creyendo buscar salvación conforma una directriz de pensamiento, y es, en el que experimentando las voluptuosidades del mal o los vicios se llega a fijar y afianzar las cuestiones del bien, la virtud, en sus palabras: ...”Todo proviene sin embargo de un primer principio: puesto que existe un Dios, ese Dios merece un culto, y la primera base de ese culto es incontestablemente la virtud”. (Sade, Pág. 102).

Paralelamente a lo acontecido por medio del camino de Justine, no podemos dejar de lado acá la figura de Juliette, ésta, con una naturaleza diferente a la que dictan las leyes de su hermana funda la apropiación del crimen; su vida, sus influencias, abusos y deseos la llevaron a posicionarse sobre un notable estado de vida, destruyendo, experimento la corrupción y el delito. Así, Juliette, simbolizando la imagen del crimen equipara una afirmación hacia el poder, ya que ella en su carácter de decisión y avaricia, en una suerte de erotismo, conquista una voluntad a la que puede acceder desde bienes materiales como sentimentales; el amor, un arma para destruir a su víctima la convierte no solo en una mujer de sociedad, sino de costumbres, en las que, el mundo viviendo bajo una ceguera, no se aproxima al pensamiento de un ser deliberadamente impetuoso sino que, frente a la justificación y afianzamiento de los conceptos, el crimen toma en suma su valor en la naturaleza de los hombres que la virtud al prestar servicio a ideales y sacramentos.

George Bataille en su análisis “El frenesí Sádico” sobre Sade nos comenta:

“Al excluirse de la humanidad, Sade no tuvo en su larga vida más que una ocupación que decididamente le interesó: enumerar hasta el agotamiento las posibilidades de destruir seres humanos, destruirlos

y gozar con el pensamiento de su muerte y sus sufrimiento” (Bataille, 1977, Pág. 92).

Por ello, al abordar la narrativa del Marques de Sade, no podemos omitir el hecho de que no se separe del pensamiento de sus personajes, aun sumido por la soledad que le entregaba la prisión, sus manuscritos eran el corazón vivo de su alma, cada línea trazada venia del interior de su propia sangre. Seres desprovistos de prejuicios; reflexivos a la hora de levantar su voz; herejes por el hecho de burlarse de un dios donde esta pleno el vacío y en el que se encuentra un regocijo para el débil; figuras convencidas con el hecho de que al despreciar las leyes se encuentran en un medio más feliz para vivir; individuos físicamente dotados de órganos y sensaciones para suplir sus deseos y objetivos, determinan no solo una serie de pensamientos sino una secuencia de características que por el momento, en una sociedad plenamente conservadora era imposible reconocer, pero he acá, el transgresor y hereje, Marques de Sade que pactado bajo el embrujo de la serpiente, penetro en los espíritus el veneno que guardaba sobre los sofismas, la mentira y la falsedad de un dogma que se erigió para subyugar al hombre y su pensamiento, la reflexión y su papel como ser natural y terrenal.

Para Baudelaire, el llegar a conocer el alma del poeta es indagar sobre las palabras más reiteradas en su obra, en ellas, su obsesión, y en Sade, la infracción y la destrucción del mismo hombre se puede evidenciar desde la manera en que abusando los unos a los otros y supliendo necesidades o deseos se convierten las representaciones en simples materialismos, objetos a favor de un uso y desecho dirigen a la destrucción del pensamiento, el tratar de excluir una vida reinada bajo el pecado y la lujuria, convierte a seres que uncidos por las señales de un dios enfilan un sinnúmero de creencias en las que el sustento se halla en lo supra terrenal, admitiendo principios moralistas, son estos alma sin esencia que no se hallan para aceptar una certeza sobre lo que comprende una naturaleza del hombre, lleno de prejuicios solo

hay liberación de las infamias por medio de la inocencia, y tal inocencia llena de humillación es la que conlleva a los infortunios de la virtud.

De ese modo, al aferrarnos a las líneas de Sade encontramos una voz viva del mal, y éste concepto atribuido al de transgresión, donde se anuncia el rechazo no solo a una moral, sino a la misma ética del hombre, ya que conformada bajo la merced de las normas contribuye a la negación del mismo hombre en su esencia, por eso, en la necesidad de mostrar los caracteres de una sociedad postrada por el vicio, el Marques no ahonda en planos de trascendencia, se limita a seres que en conjunto conforman contextos y situaciones del común, pero con la gran importancia de que, valiéndose de sus medios, articula una extensión de hechos a favor de lo real y pleno medio del ser; concibe la impureza y solo llega a dios para hacerle recaer la cuestión de un ausencia y de una bastarda costumbre en donde se encuentra la complacencia y sumisión. Aquí, Sade nos acostumbra al mal donde el él llegamos a encontrar los encantos.

Cabe resaltar que por el valor que guarda el Marques a sus reflexiones y con ello a sus obras, pues con los 120 días de Sodoma, consideró que era el mayor mal que le podría reservar el cielo, en Justine se percibe una fuerte carga de ironía y sarcasmo de inicio a fin a lo que él llega pensar como quimérico o trivial (leyes, normas, creencias, dios, etc.), dentro de los ideales que llegan a suplir una existencia basada en lo terrenal, el cambio de secuencia en cuanto al papel de los personajes, como el crudo lenguaje que se hace más que evidente en las numerosos escenas de erotismo y acto sexual, cosa que lo ha posicionado como único en el género y del que hasta el momento, tal como suele suceder con la industria literaria le ha valido un reconocimiento mundial tardío, cosa que en su instante fue más que imposible debido a lo que generaba su escritura, sumiéndolo en la indigencia y en la precaria situación económica, que muchos de los grandes escritores han sentido por el desprecio en el tiempo de sus vidas.

Nuestro Marques de Sade irrumpe en la aceptación de la virtud para justificar el crimen, consistiendo en el ideal del advenimiento terrenal y apreciando por medio de imágenes sexual-eróticas, la aceptación de una naturaleza y la transgresión a virtudes que solo sirven para omitir y culminar los deseos inconscientes que reprimidos desean liberarse bajo cuadros en lo que lo normativo llamaría el vicio. El mal y la ignominia, conforman las escenas de las que, transfigurada mente se ven inmersas las hermanas Justine y Juliette.



Referencias Bibliográficas.

1. Sartre, Jean Paul. (1949). Baudelaire. Editorial Losada s.a. Buenos Aires, Argentina.
2. Sade, Marques. Justine.
3. Bataille, Georges. (1977). La literatura y el Mal. Taurus Ediciones S.A. Madrid, España.